

Jorge Wagensberg

Sólo se puede tener fe en la duda

Pensamiento concentrado para una realidad dispersa



TUSQUETS
EDITORS

Índice

- Portada
- Portadilla
- Dedicatoria
- Presentación
- Introducción. Brevisima teoría del aforismo
- 1. El lenguaje
- 2. La matemática
- 3. La información
- 4. La percepción
- 5. El color
- 6. El humor
- 7. La inteligencia
- 8. La belleza
- 9. El arte
- 10. La religión
- 11. La ciencia
- 12. La química
- 13. La historia
- 14. La música
- 15. Los museos
- 16. La evolución
- 17. La naturaleza
- 18. La interdisciplinariedad
- 19. El ser

20. El tiempo
 21. Lo trivial
 22. La muerte
 23. El equilibrio
 24. La complejidad
 25. Las ideas
 26. La creatividad
 27. La mediocridad
 28. La educación
 29. La excelencia
 30. La tradición
 31. La corrupción
 32. La democracia
 33. Libertad
 34. El maltrato animal
 35. El progreso
 36. La felicidad
- Índice conceptual
Nota
Créditos

Jorge Wagensberg

SÓLO SE PUEDE TENER FE EN LA DUDA

Pensamiento concentrado
para una realidad dispersa



METATEMAS. LIBROS PARA PENSAR LA CIENCIA
COLECCIÓN DIRIGIDA POR JORGE WAGENSBERG

TUSQUETS
EDITORES

a Alicia Fingerhut, *in memoriam*,
a Simone Mateos, inventora del «sí, pero...»

Presentación

Esta colección de aforismos es la cuarta entrega después de *Si la naturaleza es la respuesta ¿cuál era la pregunta?* (2002), *A más cómo, menos por qué* (2006) y *Más árboles que ramas* (2012). En total suman más de tres mil pensamientos de una sola frase destilados durante lo que va de siglo. En esta ocasión están agrupados en treinta y seis temas bajo el título *Sólo se puede tener fe en la duda*, tal como han ido apareciendo mensualmente desde 2014 en *Babelia*, el suplemento literario del diario *El País*. Cada capítulo tiene una breve introducción en torno del concepto principal que da nombre al tema con una sola palabra. Muchos son los conceptos cruzados que se asoman por los distintos capítulos. Para facilitar su rápida localización y su relación mutua, el libro se remata con un índice conceptual. Está pensado para el lector indisciplinado que tema indigestarse con un atracón de aforismos y prefiera picotear a su aire. Este índice se deja leer, pues, a modo de vuelo de reconocimiento para ojear conceptos y zambullirse después en el elegido.

La mayoría de estos aforismos aparecen por primera vez en un libro. Sólo he rescatado algunos que han hecho especial fortuna y que ahora, con la perspectiva del tiempo transcurrido, resulta que han ganado cierta solera y se merecen por ello aparecer también aquí. Su redacción vigente es, claro, la que aparece en esta edición. Por otro lado, y como ya había observado en ocasiones anteriores, cuando los aforismos reposan juntos se ponen a criar, de modo que el mero hecho de compilarlos y pulirlos ha inspirado la creación de otros nuevos que asimismo incluyo en estas páginas.

*Jorge Wagensberg,
Albons (Empordà), agosto de 2017*

Introducción

Brevísima teoría del aforismo

La ciencia es una forma de conocer la realidad. La literatura también. La ciencia es el conocimiento más objetivo, inteligible y dialéctico posible. La literatura no tiene por qué. Un particular poema, novela, cuento, ensayo o aforismo puede ser más o menos cercano a la ciencia, pero los aforismos son, en su conjunto, el género literario más científico. Siguen tres argumentos, uno por cada uno de los tres principios que fundamentan el método científico.

La **objetividad** demanda que el sujeto de conocimiento distorsione lo menos posible el objeto de conocimiento. Esto significa que la observación debe afectar lo mínimo posible tanto a lo observado como al observador. De este modo, la comprensión va más allá del sujeto que la alcanza por primera vez (es útil para muchos otros sujetos) y va más allá también del objeto que ha servido como punto de partida (se aplica a muchos otros casos). Lo mismo ocurre con los aforismos. Un aforismo no se disculpa nunca por haber sido citado fuera de contexto. En ciencia (estadística aparte), una sola excepción es suficiente para jubilar una ley

fundamental de la naturaleza. El premio a la objetividad, tanto en ciencia como en literatura, es la universalidad, una propiedad que se mide por la cantidad de mentes que suscriben un aforismo o una ley de la naturaleza y por la amplitud de su dominio de aplicación. Por ello, y si se me permite la cacofonía, *un aforismo es un pretexto para un texto fuera de contexto.*

La **inteligibilidad** requiere despojar a la esencia de todos sus matices. Es la mínima expresión de lo máximo compartido. Es la mejor comprensión (de comprender) y la máxima comprensión (de comprimir). Una novela puede extenderse hasta mil páginas, quinientas o doscientas, pero atendiendo sólo a su peso, diríamos que la más científica es la última. Del mismo modo, en general, un cuento pesa menos que una novela, un poema menos que un cuento y un aforismo menos que un poema. El premio a la inteligibilidad, en ciencia y también en literatura, es la capacidad para anticipar la incertidumbre. Las leyes de Newton rigen tanto para anticipar el movimiento de una manzana que se desprende del árbol como para anticipar la trayectoria de un planeta alrededor del sol. ¡La mecánica celeste y la mecánica terrestre son indistinguibles! Lo localmente superfluo se decanta. A un buen aforismo no le sobran palabras, sílabas ni letras. Un aforismo y una ley de la naturaleza comparten la belleza de todo mínimo evocando un máximo. Cuanto más compacta es una comprensión, más y mejor anticipa. Si resulta que la mejor comprensión no es más que la propia observación, entonces el conocimiento es incomprendible (de no comprender) por incompresible (de no comprimir). Es cuando una frase no logra elevarse por encima de la mera anécdota. Con dos palabras ya se puede escribir un aforismo, por ejemplo, este que evoca las consecuencias del empeño de un organismo vivo por seguir vivo:

Vivir envejece

La **dialéctica** se alimenta de una tensión continua entre sujeto y objeto. Y cuando el objeto contradice al sujeto, entonces yo, como sujeto, debo tomar una decisión para resolver el dilema: o cambio mi manera de mirar o cambio mi manera de creer. La contradicción entre sujeto y objeto es el motor infatigable del progreso de la ciencia. La contradicción en ciencia es un presagio de nuevo conocimiento, una buena noticia, una promesa de gozo intelectual científico. El premio por la dialéctica es nada menos que el progreso de la ciencia. La ciencia no se blindada contra la realidad o contra la crítica. El humor y la contradicción son las armas fundamentales contra el dogma. El humor se lleva francamente mal con la poesía y se dosifica con prudencia en los demás géneros literarios. Pero un aforismo, por serio que sea, necesita cierta dosis de humor para sobrevivir. Aunque no se trata de un humor cualquiera. Es el humor que habita en los límites mismos del conocimiento inteligible, que no son otros que la contradicción (1) y la trivialidad (2). La contradicción ocurre cuando la verdad del sujeto se tambalea porque el objeto la niega. La trivialidad ocurre cuando la verdad del sujeto se garantiza a sí misma ignorando por completo al objeto, o cuando objeto y sujeto se funden y confunden en una redundancia plena. He aquí un par de aforismos que juegan con la contradicción:

Sólo se puede tener fe en la duda.

El mundo es inteligible porque no puede haber bosques con más árboles que ramas.

Y un par con aura trivial:

Pienso luego existo (Descartes)

o bien

Limpiar es cambiar la suciedad de sitio.

Un proverbio tiende a presumir de dogma. Por eso los proverbios se usan más bien para zanjar discusiones. El buen aforismo, en cambio, huye del dogma y es idóneo para todo lo contrario, es decir, es útil para iniciar y estimular una conversación. Es el caso de la desconcertante frase de Carl Sagan:

La existencia de inteligencia extraterrestre sólo tiene dos respuestas posibles y ambas son francamente sorprendentes.

Cuanto menor es la probabilidad antes de la ocurrencia de un suceso, mayor es la sorpresa después de su ocurrencia, pero la suma de la probabilidad de la ocurrencia más la probabilidad de la no ocurrencia es la certeza absoluta, por lo que si sorprende A, entonces no sorprende la negación de A. ¿Cómo es posible pues que cualquiera de las dos respuestas posibles nos sorprenda por igual? Un buen aforismo es una reflexión liofilizada para ser recordada hasta que se presenta la ocasión de activar una nueva discusión. Por eso al buen aforismo le conviene la belleza. Ésta puede lograrse por simetría fuerte, como en el caso siguiente, que alude a los límites de lo trivial y lo absurdo:

Urdir la trama o tramar la urdimbre; es lo mismo pero no es igual.

O bien por simetría débil, como en este otro caso, que comprime toda una teoría del conocimiento:

Cambiar de respuesta es evolución, cambiar de pregunta es revolución.

Excepcionalmente se puede contradecir la idea misma de aforismo sobrealimentando la frase con cierto ritmo, como en el ejemplo siguiente, que despliega una ironía crítica:

Existe una tendencia no declarada entre los arquitectos estrella para que el continente haga una sutil referencia al contenido, y es así como un aeropuerto puede llegar a recordar a un pájaro, un club náutico a un barco o bien, mira por dónde, un restaurante de comida rápida a una hamburguesa con cebolla.

Una novela, un cuento, un ensayo o un poema pueden ser grandes obras literarias sin necesidad de apelar al método científico. Pero un buen aforismo tiene siempre la clase de talante y de talento que se gasta en ciencia.

El buen aforista no se sienta delante de un papel en blanco con el propósito de escribir una colección de aforismos. El escritor de aforismos va con una libreta en el bolsillo para apuntar ideas que pueden sobrevenir en las situaciones más diversas: conversando, observando un paisaje, buscando una comprensión, depurándola... Conviene fijar la idea antes de que ésta se esfume, aunque sólo sea en formato rústico y prematuro. No hay nada más frustrante que recordar nítidamente haber tenido una buena idea y olvidar completamente en qué consistía. Más tarde, y como haría un rumiante, el aforista se sienta en un lugar seguro

para regurgitar y darle vueltas al formato lingüístico. Es el momento en el que se paladea este trabajo. Pero existen otros métodos. Con frecuencia el aforista descubre la frase entre sus propias palabras durante cualquier conversación. Un súbito aumento de brillo en la mirada de su interlocutor (¡uy, lo que he dicho!) es un indicio de que la frase puede hacer fortuna, de que vale la pena apuntarla, pulirla y volverla a usar cuando se presente la oportunidad. Otras veces, la semilla que germina en nuevo aforismo procede de palabras habladas o escritas que trae la brisa desde otra mente pensante. Nadie aceptaría nunca tal cosa si se trata de un poema, de una novela o de un ensayo, pero un aforismo está más cerca de lo que bien podemos nombrar como una idea en bruto, y ya sabemos que tan importante es el hecho de tener una idea trascendente (uno) como darse cuenta de que lo es (dos), como convencer de ello a los demás (tres). La historia de la ciencia, por ejemplo, está preñada de buenos ejemplos. El estatus de aforismo se ultima cuando la idea es tallada y bruñida hasta su forma más fresca, cristalina y armónica. Es entonces cuando una frase aspira a hacerse inolvidable y se pone a funcionar por sus propios méritos a través del espacio y del tiempo.

Existen varias palabras que suelen usarse como sinónimos de *aforismo*: *sentencia*, *máxima*, *proverbio*, *refrán*, *dicho*, *apoteagma*, *cita*... Pero quizá convendría incluir la calidad en la palabra y llamar aforismos sólo a los aforismos buenos. Después de todo, tampoco existe buena ciencia o mala ciencia, sólo ciencia vigente. Señalemos ahora una gran diferencia: para cada refrán popular se puede encontrar, curiosamente, otro que sugiere exactamente lo contrario. La contradicción es un concepto importante para el género aforístico, ya lo hemos señalado, pero atención, porque también tiene su mal uso. La contradicción también funciona como un gran truco para colar misterios irresolu-

bles, falsas preguntas y, sobre todo, para apoyar cualquier reflexión echando mano de la tradición popular. En un texto bien provisto de contradicciones, uno siempre encuentra la frase adecuada para dar soporte a cualquier idea. (Los usuarios de los llamados textos sagrados saben bien de lo que estoy hablando.) Los aforismos juegan con la contradicción y la paradoja como recurso estético o para señalar un conocimiento fallido, pero los aforismos (es decir, los buenos aforismos) no se contradicen entre sí. Más bien ocurre que el mismo aforismo reaparece por convergencia porque uno o varios pensadores han llegado a él independientemente. Son ideas tan objetivas que no sólo se independizan de sus contextos, sino también de sus autores, ideas más descubiertas que inventadas. He aquí otra clara convergencia con la ciencia.

Para ilustrar esta introducción, y para calentar músculos, nada mejor que ensayar el método aforístico con los propios aforismos. Algunos se han escapado de los párrafos precedentes.

01 Una buena idea que no cabe en una frase, a lo mejor no es una idea tan buena.

02 Si la ciencia y el arte tienden al mínimo de un máximo, entonces el aforismo es arte y es ciencia.

03 Un aforismo es un comprimido de conocimiento para disolver, beber, pensar y conversar.

04 En un aforismo la llama no deja lugar para el humo ni para la ceniza.

05 El dudoso prestigio del aforismo se explica por la extrema facilidad con la que se fabrica un aforismo malo.

06 Un aforismo es un pretexto para un texto fuera de contexto.

07 Un aforismo nunca se queja de haber sido citado fuera de contexto.